EL TESORO ESCONDIDO

EL CORAZON DE JESUS

(con la confesión y comunión)

J.L. de Urrutia, S.J.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34 - 41003 SEVILLA

Con licencia eclesiástica
Depósito Legal B. 19.086-1986
ISBN: 84-7656-027-3
Printed in Spain
Impreso en España
Gráficas Bisani - Mora la Nueva, 11 - Barcelona

JESUCRISTO. EL SAGRADO CORAZON

Jesucristo, Dios y Hombre, el Verbo —Segunda Persona de la Santísima Trinidad— hecho carne, no solamente es la causa, el centro y la cumbre de toda la creación. Jesucristo, Señor de cielos y tierra, Juez universal, es además nuestro Salvador y Redentor, Vid y Cabeza nuestra. Él, y sólo Él, es para nuestra santificación camino fácil con su ejemplo, verdad plena con su doctrina, vida abundante con su gracia.

No voy a recopilar ahora sus atributis, hechos y enseñanzas, ni a elaborar una apología de su divinidad o mesianidad, ni a considerar tantos otros aspectos inagotables de su naturaleza y obra, cuyo delicioso estudio no tiene fin.

Voy únicamente a exponer un punto. El más importante, el más íntimo: Cuál es el camino más rápido y seguro, un atajo, o casi mejor que camino, el ascensor para subir a la cima y meta de nuestra santificación, a la unión con Cristo, a identificarnos con Él, ser otros cristos, hasta sentir como Cristo Jesús (Fil. 2, 5) *que es en lo que consiste el ideal cristiano. Conocer ese camino es descubrir el mayor tesoro* (Mt. 13, 44-.

A la luz del Magisterio

Tarea tan delicada y trascendente sería temerario emprenderla si no fuera porque podemos hacerlo siguiendo puntualmente la Biblia, interpretada infaliblemente por el Magisterio pontificio.

Efectivamente, cuando los Papas proponen de forma universal, categórica y constante cuál es la mejor manera de practicar el cristianismo —lo más importante para la Iglesia—, su Magisterio auténtico es definitivo, irreversible y puede considerarse equivalente al Magisterio «ex cáthedra».

Esto mismo repite el Vaticano II: «El Romano Pontífice goza de infabilidad por razón de su oficio cuando, como supremo pastor y maestro de todos los fieles, que confirma en la fe a sus hermanos (Lc. 22, 32), proclama de una forma definitiva la doctrina de la fe y costumbres... bajo la asistencia del Espíritu Santo, prometida a él en la persona de San Pedro» (LG. 25).

De lo contrario, ¿de qué nos serviría la asistencia del Espíritu Santo, si en lo más importante permitiese que los Papas equivocasen a toda la Iglesia? El Papa habla «ex cáthedra» cuando él mismo, como pastor supremo, dice solemnemente que no se equivoca. Pero muchas veces, aunque no lo diga, *por la importancia de lo que dice y por decirlo repetida y definitiva o categóricamente a todo el pueblo de Dios, el Espíritu*

Santo no puede permitir que se equivoque; y, de hecho, en estas cuestiones jamás se han equivocado los Papas. La asistencia del Espíritu Santo, ¿dónde la limita el Evangelio únicamente a los casos en que hable «ex «cáthedra»? (Si algunas veces ellos hablan así, es para mayor claridad y seguridad. Pues tampoco son infalibles en cualquier cosa que digan de pasada, o menos importante, o como opinión personal...)

Pues bien, los Papas han dicho ya de manera irreversible —sería absurdo se volvieran en esto atrás— que *la mejor manera de practicar el cristianismo es la espiritualidad del Sagrado Corazón.* Afirmación colosal. Ineludiblemente todo cristiano debe sentirse impulsado a enterarse con atención y avidez, en qué consiste tan singular espiritualidad. De ello vamos a tratar aquí. Pero antes oigamos cómo la voz de los Romanos Pontífices refrenda y reafirma la espiritualidal del Sdo. Corazón.

La voz de los Papas

«*La mejor manera* de practicar el cristianismo es el culto al Corazón de Jesús... Es absolutamente cierto que se trata del *acto más excelente* del cristianismo... Es la escuela más eficaz de la caridad divina, sobre la cual es necesario que se cimiente el Reino de Dios» (Pío XII, encíclica «Haurietis aquas»).

«En la espiritualidad del Corazón de Jesús se encierra *la síntesis de todo el cristianismo y la mejor norma de vida*» (Pío XI, encíclica «Miserentíssimus Redemptor»).

«Esta espiritualidad es la más segura... *a todos* ha de ser muy provechosa» (León XIII, encíclica «Annum sacrum»). «No hay nada tan oportuno y útil» (Idem, carta al «Mensajero del Corazón de Jesús»).

«La devoción al Corazón de Jesús ha aportado incalculables beneficios a la Iglesia y a la humanidad» (Juan XXIII, 17-X-1962).

«El culto al Corazón de Jesús es la excelente y auténtica espiritualidad que exige nuestro tiempo... Es nuestro deseo y voluntad que se fomente más este culto, que debe ser estimado en grado sumo» (Pablo VI, Carta apostólica «Investigabiles divitias»). «Hemos creído deber nuestro recordar la actualidad y la urgencia de esta devoción en la Iglesia, y la necesidad de no dejarla debilitarse en los fieles» (Idem. 14-VI-1966). «Es *el medio más eficaz* para lograr la renovación espiritual y moral de este mundo que el Vaticano II exige» (Idem 17-XI-1966).

Entre las numerosas citas de Juan Pablo II del Corazón de Jesús: «Deseo de manera especial unirme espiritualmente con todos los que tienen sus corazones humanos en particular sintonía con este Corazón divino. Este vínculo espiritual lleva siempre a un gran resurgimiento de celo apostó-

lico, se despierta en ellos también la necesidad de la reparación por los pecados del mundo, por la indiferencia de tantos corazones, por sus negligencias. ¡Qué necesario es en la Iglesia este ejército de corazones vigilantes, para que el amor del Corazón divino no esté solo, y para que sea correspondido! En ese ejército merecen especial mención todos los que ofrecen sus sufrimientos como víctimas vivas en unión con el Corazón de Cristo traspasado en la cruz». (Angelus, 24-VI-79).

«También a vosotros, queridísimos recién casados, os dirijo la exhortación fraterna de que tengáis fija la mirada en el Sagrado Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones. Aprended de Él las grandes lecciones del amor, bondad, sacrificio y piedad, tan necesarios en todo hogar cristiano. Sacaréis de Él fuerza, serenidad, alegría auténtica y profunda para vuestra vida conyugal. Atraeréis su bendición si su imagen está siempre, además de impresa en vuestras almas, expuesta y honrada entre las paredes domésticas» (Audiencia general 13-VI-79).

«Si los enfermos saben unir su corazón con el Corazón de Jesús roto por amor a los hombres, entonces serán junto con Él apóstoles y bienhechores de la humanidad» (Carta a Mons. Novarese, 24-II-83).

«Sólo en el Corazón divino nuestra expiación se reviste del poder de alcanzar el perdón y de llegar a la reparación» (Carta al obispo de Leiría, 16-IV-83).

«La Madre, que estaba junto a la Cruz, recibió a cada hombre en su Corazón desde el Corazón de su Hijo» (Czestochowa, 18-VI-83).

No puede estar más clara la enseñanza de los Papas. Tres importantísimas encíclicas: «Annum sacrum» (León XIII, 1899). «Miserentissimus Redemptor» (Pío XI, 1928) y «Haurietis aquas» (Pío XII, 1956), han tratado el tema, aparte de otros innumerables discursos y documentos. Podrían seleccionarse otros muchos textos categóricos.

*

Si la espiritualidad del Corazón de Cristo han dicho los Papas que es «síntesis del cristianismo y la mejor manera de practicarlo», evidentemente seguirá siéndolo siempre; ¿o es que antes el cristianismo era una cosa y ahira es otra?; ¿o lo que antes santificaba ahora ya no sirve? (La teología, la moral, la ascética cristiana pueden desarrollarse y enriquecerse, pero sin contradecirse: Quienes pretenden modificarlas sustancialmente, negando lo anterior —que lo que antes era verdad ya no lo sea— harán una religión tal vez muy de moda y más o menos cristiana, pero ciertamente ya no será el cristianismo verdadero, el católico, el del Primado Romano, el de Cristo.)

Los Papas, además, no dejan de inculcar la actualidad de este culto. Pablo VI refiriéndose a sus dos características principales, el amor y la re-

paración, afirma después del Concilio: «Hoy, no dudamos en decirlo, son más actuales que nunca» (14-VI-1966).

*

La espiritualidad del Sdo. Corazón no solamente es hoy utilísima, es también obligatoria. Tajantemente escriben Pío XII y Pablo VI:

«Los que estimen en poco este extraordinario beneficio dado por Cristo a la Iglesia obrarán temeraria y perniciosamente y *ofenderán* al mismo Dios... No se puede confundir con otras formas de piedad que la Iglesia fomenta, pero *no prescribe;* ni se puede tener como algo secundario, que cada uno *puede practicar o no* según le agrade» (Pío XII, «Haurietis aquas»).

«*Debe* ser estimado en grado sumo» (Pablo VI «Investigabiles divitias»). «Es vuestro deber difundir cada vez con más ardor este amor al Corazón de Jesús. Aquí es donde *deben* todos recibir la inspiración y la eficacia para la renovación interior, moral y social... Es *absolutamente necesario* que los fieles rindan culto a aquel Corazón, y aprendan de Él a ordenar su vida» («Diserti interpretes»). «Hemos creído deber nuestro recordar la urgencia de este culto» (14-VI-1966).

Es natural que sea una ofensa a Dios: 1) el no apreciar sus beneficios, 2) el desobedecer al Magisterio, 3) la incuria de desaprovechar el mejor medio para vivir el cristianismo.

¿Será posible que alguien se imagine y pretenda llegar a la santidad por una vía distinta, cuando todos los santos modernos propuestos como modelos por la Iglesia han seguido este camino señalado por los Papas?

El Corazón de Jesús a través de los siglos

Pío XII dice en la «Haurietis aquas»: «Hay que reconocer que sólo gradualmente llegó el Corazón a ser objeto de culto especial como imagen del amor humano y divino del Verbo encarnado». «Estamos persuadidos que el culto tributado por los hombres al amor de Dios y de Cristo, mediante el símbolo de su Corazón traspasado, nunca fue completamente ajeno a la piedad de los fieles».

La devoción al Corazón de Jesús, entendida ya al menos como un programa mínimo de vida espiritual, aparece por primera vez a principios del siglo XIII; todavía con carácter privado y personal.

Es notable que este primer impulso, como más tarde el definitivo de los siglos XVII y XVIII, tiene un origen no sólo providencial y sobrenatural, sino místico de revelaciones del mismo Cristo.

Y Cristo, fiel a los designios de Dios que revela las cosas más elevadas no a los sabios y prudentes, sino a los pequeños (cfr. Mt. 11, 25), es

a unas humildes religiosas a quienes preferentemente comunica el carisma de esta devoción.

A Sta. Lutgarda de Brabante (Bélgica † 1246), monja cisterciense, le propone el Señor su Corazón como modelo. Por primera vez se da el cambio de corazones, cambiando el suyo con el del Señor, no material, sino místicamente, lo que es una manera de significar la actual consagración, es decir: Querer lo que el Señor quiere y como Él quiere. O como decía S. Pablo (Gál. 2. 20): «Ya es Cristo quien vive en mí». En Sta. Lutgarda aparece también la reparación, pues Cristo le pide que haga penitencia, ofreciéndose por los pecadores y para aplacar la cólera divina.

En el mismo siglo, el monasterio recién fundado de Sta. María de Helfta (Sajonia, Alemania) de monjas benedictinas, presenta un punto culminante de esta devoción. Empezó gracias a las revelaciones que tuvo Matilde de Magdeburgo († 1282), y fue continuada por sus dos discípulas, ambas místicas y canonizadas: Sta. Matilde de Hackeborn († 1298) y Sta. Gertrudis la Grande († 1303). De alguna manera practican la consagración, con el cambio de corazones. La reparación la orientan en el sentido de aceptar la cruz. Incluyen también el culto a la Santísima Trinidad, de la cual consideran al Corazón de Cristo como mediador.

Simultáneamente y en el mismo siglo XIII, empieza en Italia la devoción al Corazón de Jesús, por obra de otros tres santos: San Buenaventura

(† 1274), el gran continuador de la obra de San Francisco de Asís, y dos terciarias franciscanas: Sta. Margarita de Cortona († 1297) y Sta. Angela de Foliño († 1309). Insisten en el amor que Cristo nos tiene, y toman su Corazón como símbolo de ese amor. Hemos de corresponder entrando en Él. Allí se aprende, entre otras cosas, la mansedumbre y paciencia en las adversidades. Este enfoque de la reparación, centrándola en la necesidad de padecer por amor lo que Dios quiera enviarnos, está de acuerdo con la regla franciscana; «Miren que sobre todas las cosas deben desear tener el espíritu del Señor, orar siempre y tener humildad y paciencia en la persecución y enfermedad».

Después son numerosísimos los santos, predicadores y escritores que hasta el siglo XVII tratan más o menos del Corazón de Cristo, principalmente franciscanos, dominicos, cartujos, canónigos de Windesheim y jesuitas.

En el siglo XV el cartujo Domingo de Tréveris propone por primera vez explícitamente el ofrecimiento de obras: «Por medio de las benditas manos de la Virgen María ofrecerás al Corazón de Jesús cuanto hayas recibido».

En el siglo XVI se difunden por toda Europa las revelaciones de Sta. Gertrudis, influyendo entre otros en S. Francisco de Sales, de quien dijo Pío IX, al declararle doctor de la Iglesia, que «echó la semilla del culto al Corazón de Jesús».

Independientemente de la devoción al Corazón de Jesús, la idea de reparación se populariza en el siglo XVII.

El primer conato de relacionar el Corazón de Jesús con la caridad fraterna se encuentra en S. Bernardo en el siglo XII: el agua que brota del pecho del Señor es la caridad. Santa Angela de Foliño inculca a su vez que debemos amar a Cristo como Él nos amó, y de la misma forma amar al prójimo. En el siglo XVII el jesuita francés Juan Bautista de Saint-Jure, superior y escritor muy conocido, dice que debemos consagrarnos enteraramente al Corazón de Cristo y en Él amar al prójimo con el Señor, formar allí nuestros sentimientos, es decir, querer al prójimo no con nuestro corazón, sino con el de Cristo.

En el siglo XVII tan extendida y aceptada estaba la devoción al Corazón de Jesús, que uno de sus principales propagadores, San Juan Eudes (que la une al Corazón de María) introduce ya en 1672 en su congregación, aprobado por muchos obispos, el culto público, con misa y oficio del Sdo. Corazón compuestos por él mismo.

Santa Margarita María de Alacoque (1647-1690), monja salesa del monasterio de Paray-le-Monial (Lyon-Francia) desde 1671, es, a juicio de Pío XII, «La principal promotora de este culto, que consiguió adquiriese un desarrollo extraordinario» («Haurietis aquas»). Pues según Pío XI, «Dios mismo la eligió como instrumento para establecerlo plena y perfectamente y propagarlo por

todo el orbe» (Oficio propio). «Su importancia radica en el hecho de que al mostrar Cristo su Corazón pretendió llamar nuestra atención de modo extraordinario y singular, para que nos fijásemos en los misterios de su amor» («Haurietis aquas»).

Las cuatro revelaciones principales de Sta. Margarita María tuvieron lugar entre 1673 y 1675. Se le apareció Jesucristo con el Corazón rodeado de llamas, con la llaga y una corona de espinas «significando las punzadas que le hacen nuestros pecados» y una cruz encima «significando que desde su encarnación fue colmado de todas las amarguras que le debían causar las humillaciones, pobreza, dolor y desprecio que habría de sufrir en toda su vida y en la pasión».

«Me hizo ver, dice la santa, que el ardiente deseo que tenía de ser amado por los hombres y de apartarlos del camino de la perdición por donde Satanás los precipita en masa, le había hecho concebir el plan de manifestarles su Corazón con todos los tesoros de amor, de misericordia, de gracias, de santificación y de salud que contiene... y que esta devoción es como *un último esfuerzo* de su amor que quiere favorecer a los hombres en estos últimos tiempos con esta redención amorosa.»

«He aquí este Corazón *que tanto ha amado a los hombres,* que no ha perdonado nada, hasta agotarse y consumirse, para testimoniarles su amor, y en agradecimiento *no recibe de la mayor*

parte sino ingratitudes.» «Lo cual siento más que todo lo que sufrí en la Pasión, tanto que, si correspondiesen a mi amor, estimaría en poco todo lo que he hecho por ellos.» «Pero me duele aún más que se porten así corazones que me están consagrados.» «Tú, al menos, dame el placer de suplir su ingratitud cuanto puedas.»

Como puntos fundamentales al exponer esta espiritualidad, Santa Margarita insiste en: 1) *La consagración* (entrega que debe ser con toda confianza y abandono en sus manos). 2) *La reparación* al Sdo. Corazón tributándole honor, sufriendo en expiación por los pecados y consolándole (más que esta expresión se encuentra la idea en sus escritos: hay que «endulzar su amargura», darle «el placer de suplir las ingratitudes». 3) *El valor de la cruz* también para la perfección y como exigida por el amor para unirse con el Corazón de Jesús. 4) *La caridad con el prójimo:* «que roguemos por él como por nosotros, pues uno de los particulares efectos de esta devoción es reunir los corazones divididos». Como parte de ella, recomienda vivamente el apostolado; y recibe especiales promesas.

LAS 13 PROMESAS DEL SAGRADO CORAZON

1.ª *Les daré todos las gracias necesarias a su estado.*

2.ª *Pondré paz en sus familias.*

3.ª *Los consolaré en todas las aflicciones.*

4.ª *Seré su refugio durante la vida y sobre todo a la hora de la muerte.*

5.ª *Bendeciré abundantemente sus empresas.*

6.ª *Los pecadores hallarán misericordia.*

7.ª *Los tibios se harán fervorosos.*

8.ª *Los fervorosos se elevarán rápidamente a gran perfección.*

9.ª *Bendeciré los lugares donde la imagen de mi corazón sea expuesta y venerada.*

10.ª *Les daré la gracia de mover los corazones más endurecidos.*

11.ª *Las personas que propaguen esta devoción*

tendrán su nombre escrito en mi Corazón y jamás será borrado de él.

12.ª *Te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor omnipotente concederá a todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final, no morirán en mi desgracia y sin haber recibido los sacramentos; mi divino corazón será su asilo seguro en los últimos momentos.*

Las conocidas 12 promesas son un extracto anónimo y no completo de las que se encuentran esparcidas en los escritos de Santa Margarita María, hecho en el siglo XIX y propagado en 1882 por M. Kemper, un americano que con su eficacia característica lo hizo traducir a más de 200 lenguas y repartió millones de ejemplares por todo el mundo, impresos con la imagen del Sagrado Corazón. Añadiré después una 13.ª promesa también importante y repetida en sus escritos.

Valor y citas en Santa Margarita

Cuando toda la Iglesia durante un siglo ha estado aceptando, propagando y basando en parte su pastoral sobre estas promesas, sería demasiado chocante que fuesen falsas.

Es verdad, no se encuentran al pie de la letra en los escritos de la santa; son un extracto. Pero

sin duda expresan bien las promesas que Santa Margarita expuso, conforme a las revelaciones que tuvo. Promesas que por otra parte *están fundamentadas y justificadas,* sobre todo las 11 primeras, *en el Evangelio.*

Para juzgar el valor de las promesas, como de todas las revelaciones que tuvo Sta. Margarita María, bastan dos observaciones: 1.ª Es doctrina católica, repetida por el Vaticano II (LG. 12) que en la Iglesia se dan estos carismas extraordinarios, los cuales, si son verdaderos y están aprobados por la Iglesia, son muy útiles y deben ser recibidos con gratitud. 2.ª No es ninguna exageración afirmar que las revelaciones privadas de Santa Margarita María *son las más aprobadas,* tanto por el Magisterio ordinario como por la práctica de los fieles, aparte de la garantía que supone su beatificación y canonización (aprobación de sus escritos, proclamación de sus virtudes, confirmación de milagros); y si las más aprobadas no son verdaderas...

Notemos aquí, de paso, que las revelaciones y escritos de Santa Margarita María han sido ocasión, no causa, de las enseñanzas de los Papas sobre esta espiritualidad, las cuales tienen veracidad por sí mismas, por su autoridad magisterial pontificia.

Independientemente de las revelaciones, no dejan además de tener su valor las promesas; como analizaremos.

1.ª Promesa: Les daré todas las gracias necesarias a su estado

«Los seglares encontrarán en este medio todas las ayudas necesarias a su estado, es decir, paz en sus familias (2.ª Promesa), alivio en sus trabajos (3.ª Promesa), bendiciones del cielo en todas sus empresas (5.ª Promesa) y consuelo de sus tristezas» (Carta a su director). «Prometió que... protegería a las familias que estuviesen en necesidad» (Carta al P. Croiset, 15 agosto 1689). «Prometió que por este medio uniría a las familias desunidas y asistiría y protegería a las que viven en alguna necesidad» (Carta a la M. Saumaise, 24 de agosto de 1685).

Les daré las gracias necesarias a su estado, *es simplemente la enunciación del dogma de la providencia divina;* no somos deístas, llamamos Padre a nuestro Dios. En el Evangelio repetidamente se expresa la misma idea. «Buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura» (Mt. 6, 33). ¿No ha de cuidar de nosotros —eso es dar las gracias necesarias a cada cual— el que cuida a las aves del cielo y a los lirios del campo? (Mt. 6, 26 y sigs.). ¡Hasta del último pelo de nuestra cabeza tiene cuidado! (Mt. 10, 30). Si nosotros, siendo malos, damos cosas buenas a nuestros hijos, cuánto más nuestro Padre que está en los cielos (Mt. 7, 11), etc., etc.

2.ª Promesa: Pondré paz en sus familias

Cfr. la primera, y «Prometió que reunirá las familias divididas» (Carta al P. Croiset, 19 agosto 1689). También se extiende esta promesa a las familias religiosas: «Prometió... que difundiría esta suave unción de su caridad en todas las comunidades religiosas en las que fuese honrado y se pusiesen bajo su protección» (Ib.). Y en general, «Prometió que... reuniría todos los corazones para no formar más que uno solo con Él» (Carta al P. Croiset, 10 agosto 1689).

Paz a las familias, *es el don de Jesús* en el *Evangelio:* «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn. 14, 27). Donde haya dos reunidos en su nombre, promete una presencia nueva, especial (Mt. 18, 20) (sin duda, por el contexto anterior, para conceder aquello para lo cual están reunidos), que, en primer lugar, será principio de paz y concordia. Es la bienaventuranza de los pacíficos: ser tenidos por hijos de Dios (Mt. 5, 9), lo cual supone que los hijos de Dios, los que viven en su caridad, son obradores de paz.

3.ª Promesa: Les consolaré en todas sus aflicciones

Cfr. la primera, y «Mis devotos... encontrarán alivio en sus trabajos» (Gauthey, I, 275).

El consuelo en las aflicciones *lo promete explícitamente en el Evangelio:* «Venid a mí todos

los que tenéis trabajos y aflicciones y yo os aliviaré» (Mt. 11, 28).

4.ª Promesa: Seré su refugio durante la vida y sobre todo a la hora de la muerte

«Ha prometido a todos cuantos se consagren y ofrecieron a Él para darle ese contento (que consiste en tributarle y procurarle todo el amor, honor y gloria que esté en su poder, según los medios que Él les proporcione), que jamás les dejaría perecer, que les será un asilo seguro contra todas las insidias de sus enemigos, pero, sobre todo, en la hora de la muerte...» (Carta al P. Croiset, 10 agosto 1689). «En este adorable Corazón encontrarán un lugar de refugio durante su vida, pero especialmente a la hora de la muerte» (Gauthey, I, 275).

Que Cristo sea y deba ser refugio nuestro *es la misma idea que la anterior, y expresamente lo pide, que permanezcamos en Él* como los sarmientos en la vid (Jn. 15, 1 y sigs.).

5.ª Promesa: Bendeciré abundantemente sus empresas

Cfr. la primera y Gauthey, I, 275. Sin embargo, escribiendo a la M. Greyfié, Santa Margarita María comenta: «No creo que las gracias que promete consistan en la abundancia de los bienes

temporales, porque dice que no pocas veces son ellos los que nos empobrecen de su gracia y amor... No me dice que sus amigos no tendrán nada que sufrir, porque quiere que hagan consistir su mayor felicidad en gustar sus amarguras» (Enero 1686). Y «Me ha mostrado un tesoro de gracias de salvación y de santificación que tiene para nuestra comunidad... pero no creo que las gracias que promete consistan en la abundancia de los bienes temporales, porque dice que no pocas veces son ellos los que nos empobrecen de su gracia y de su amor» (En 1689 o 1690).

Bendeciré sus empresas, *está incluido en lo que citamos en la primera. Además lo confirma la insistencia del Señor en el Evangelio prometiendo escuchar nuestras peticiones:* «Pedid y se os dará» (Mt. 7, 7 y sigs.). «Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedir lo que quisiereis y se os dará» (Jn. 15, 7). «Cuanto pidiereis al Padre os lo dará en mi nombre (Jn. 16, 23). «El pan nuestro de cada día dánosle hoy»...

Si se piensa sólo en un triunfo humano, la interpretación no es absolutamente exacta; eso no se promete ni en el Evangelio (la cruz en la vida cristiana es insoslayable), ni lo dice Santa Margarita María. Pero también sería desvirtuar el Evangelio creer que la cruz nos ha de aplastar, de tal manera que quite toda eficacia a nuestras peticiones de bienes materiales y excluya las bendiciones sobre ellos. «Mi yugo es suave y mi car-

ga ligera» (Mt. 11, 30). *Expresamente dice el Señor que se ocupará de nuestro vestido, comida, etc. Y nunca limita nuestras peticiones a bienes sobrenaturales.* Será, por tanto, compatible la cruz con toda clase de bendiciones del Señor, según los misteriosos planes del Padre para cada uno de sus hijos: «En el mundo habéis de tener tribulación, pero confiad, yo he vencido al mundo» (Jn. 16, 33).

6.ª Promesa: Los pecadores hallarán misericordia

«Según lo ha dado a entender a su indigna esclava, pretende volver a dar vida a muchos por este medio (la devoción al Sagrado Corazón), apartándolos del camino de la perdición y echando por tierra el imperio de Satanás en las almas» (Carta a la M. Saumaise, 17 junio 1689; y carta al P. Croiset, 15 septiembre 1689). «El gran número de almas que esta devoción apartará de la senda de la perdición para encaminarlas a la de la salvación» (Carta al P. Croiset, 10 agosto 1689). «Es el último esfuerzo del amor del Señor a los pecadores para atraerlos a penitencia y comunicarles abundantemente sus gracias eficaces para salvarlos. Muchos de ellos saldrán por este medio del abismo de perdición» (Carta a su hermano el alcalde). Especifica respecto de las comunidades: «Prometió... que desviaría los golpes de la justa cólera de Dios, restituyéndolas a la gracia, cuando por el pecado hubieran decaído de ella» (Car-

ta a la M. Saumaise, 24 agosto 1685; y a la M. Greyfié, 1685).

Los pecadores hallarán misericordia. Si éstos practican algo de la devoción al Sagrado Corazón, acuden ya al Señor, y *de sobra sabemos por el Evangelio cómo el Corazón de Cristo está rebosando misericordia hacia los pecadores.*

7.ª Promesa: Los tibios se harán fervorosos

«Quiere ante todo reavivar con esta devoción la caridad tan resfriada y casi extinguida en los corazones de la mayor parte de los cristianos» (Carta al P. Croiset, 15 septiembre 1689). «No será necesario otro medio para establecer el fervor y la más exacta regularidad en las comunidades menos observantes» (Carta a su director).

Los tibios se harán fervorosos. *No es otra cosa el fervor sino la práctica inmediata de la caridad, y eso es precisamente la devoción al Sagrado Corazón.*

8.ª Promesa: Los fervorosos se elevarán rápidamente a gran perfección

«Produce extraordinario fruto y mudanza en todos los que se consagran y dan a ella con fervor» (Carta a la M. Soudeilles, 4 julio 1686). «Me parece que no hay camino más corto para llegar a la perfección, ni medio de salvación más seguro, que consagrarse del todo a este divino Cora-

zón» (Carta a su hermano el párroco, 22 enero 1687). Al P. de lo Colombière, «el cual se había consagrado enteramente a este Corazón»: «tengo para mí que esto fue lo que le elevó a tan alta perfección en tan breve tiempo» (Carta a la M. Soudeilles, 15 septiembre 1686). «Los que tienden a la perfección encontrarán aquí, por medio de los santos ángeles, fuerzas con que superar los obstáculos... La Santísima Virgen será su especial protectora, para hacerles llegar a la vida perfecta» (Carta al P. Croiset, 15 septiembre 1689).

«No sé yo que haya en la vida espiritual ningún ejercicio de devoción más propio para elevar el alma en poco tiempo a la más alta perfección y hacerle gustar las verdaderas dulzuras que se encuentran en el servicio de Jesucristo». «No serán ecesario otro medio para... hacer llegar al colmo de la perfección a las comunidades observantes». (Carta a su director.)

Los fervorosos se elevarán rápidamente a gran perfección. *Si algún medio hay para llegar a la perfección no será otro que practicar la esencia del cristianismo: la caridad y la cruz, compendio de toda perfección, y eso es la devoción al Sagrado Corazón.* «El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto» (Jn.15, 6).

9.ª Promesa: Bendeciré los lugares donde la imagen de mi Corazón sea expuesta y venerada

Al pie de la letra en varios de sus escritos (Carta a la M. Saumaise, 24 agosto 1685; a la

M. Greyfié, 1685; al P. Croiset, 10 agosto 1689). No dice «las casas», como generalmente se cita.

Bendeciré los lugares donde la imagen de mi Corazón sea expuesta y venerada. Según la naturaleza de los hombres, la imagen ayuda a recordar, etc. Además, *esta promesa exige el culto; por tanto, está contenida de alguna manera en las anteriores,* que prometen gracias a los que practiquen esta devoción.

10.ª Promesa: Les daré la gracia de mover los corazones más endurecidos

En parte está contenida en la 6.ª. No se refiere únicamente a los sacerdotes, como suele enunciarse. «Mi divino maestro me ha dado a conocer que los que trabajan en la salvación de las almas lo harán con éxito y tendrá un arte especial para conmover los corazones más endurecidos, si profesan tierna devoción a su Corazón Sagrado y si trabajan para inspirarla a los demás y establecerla en todas partes» (Carta a su director). «No hay nada más dulce ni más suave, y al mismo tiempo más fuerte y eficaz para convertir a los pecadores más endurecidos, que la suave unción de la caridad ardiente de ese Corazón amable. El penetra los corazones más insensibles por medio de la palabra de sus predicadores y fieles amigos, haciendo que sea como una espada de fuego que derrita en su amor los corazones más helados. Y esto se refiere particularmente a los religiosos

de la santa Compañía de Jesús, a quienes se ofrecen estas gracias para darles medios favorables de desempeñar digna y perfectamente las funciones de su ministerio de caridad, en la conversión de las almas para gloria de Dios» (Carta al P. Croiset, 15 septiembre). En otros pasajes repite la predilección por la Compañía de Jesús; v. gr.: «...a los cuales promete, si no me equivoco, derramar de tal modo la unción de su amor sobre sus palabras con gracias tan excelsas y poderosas, que serán como una espada de dos filos, que penetrarán los corazones más endurecidos de los más obstinados pecadores... Pero para esto es preciso que procuren sacar todos sus conocimientos del manantial del Sagrado Corazón» (Carta a la M. Saumaise, 17 junio 1689). «Está reservado a los padres de la Compañía de Jesús el dar a conocer el valor y utilidad de este precioso tesoro...; este divino Corazón infundirá de tal modo la suave unción de su caridad en sus palabras, que penetrarán como una espada de dos filos en los corazones más endurecidos, para disponerlos al amor de ese divino Corazón, y las almas más criminales serán encaminadas por este medio a una saludable penitencia» (Carta al P. Croiset, 10 agosto 1689).

Dar la gracia de mover los corazones más endurecidos, *en el Evangelio ya lo dice el Señor:* «Os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo dé» (Jn. 15, 16), y, naturalmente, los apóstoles pedirán primera-

mente hacer fruto. Tanto será que: «En verdad, en verdad os digo, que el que cree en mí, ése hará también las obras que yo hago, y aun mayores» (Jn. 14, 12). Y precisamente el gran argumento apostólico será idéntico a la práctica de la devoción al Sagrado Corazón, es decir, la caridad: «Que todos sean uno... que ellos sean en nosotros, para que el mundo crea que me has enviado» (Jn. 17, 21).

11.ª Promesa: Las personas que propaguen esta devoción tendrán su nombre escrito en mi Corazón y jamás será borrado de Él

Qué suerte la de quienes le dan a conocer, «con eso ganan la amistad y las eternas bendiciones de ese amable Corazón» (Carta a la M. Saumaise, febrero 1689). «Tiene reservados bienes infinitos a cuantos se empleen en esto con todas sus fuerzas y según su inspiración» (Carta al P. Croiset, 10 agosto 1689). «Respecto de aquellos que se emplean en hacer que sea conocido y amado, si yo pudiera y me fuera permitido expresar las recompensas que recibirán de este adorable Corazón, diríais como yo, ¡qué dichosos los que Él emplee en la ejecución de sus planes!» (Carta al P. Croiset, 15 septiembre 1689).

En el Evangelio se dice de los apóstoles que sus nombres están escritos en los cielos (Lc. 10, 20). Por ser la caridad más elevada la espiritual (procura un bien mayor), y la manera más ade-

cuada de ejercitarla esta devoción, se deduce que a sus propagadores se apliquen especialmente las palabras del Señor: «Permaneceréis en mi amor si guardáis mis preceptos» («este es mi precepto, que os améis los unos a los otros») (Jn. 15, 12, 17); ésos son sus amigos (Jn. 15, 15), de los que no se separará jamás: «Padre, quiero que donde esté yo, estén ellos también conmigo» (Jn. 17, 24). *No es otra cosa tener el nombre escrito en los cielos o en el Corazón de Cristo, que esta permanencia en su amistad, en su intimidad.* Quizás se deba añadir que tanto más apóstol será uno de esta espiritualidad, cuanto mejir la viva él mismo.

12.ª Promesa: Los primeros viernes

Es bien conocida la práctica de comulgar los primeros viernes de mes. Y la promesa del Corazón de Jesús de que se salvarán quienes comulgen nueve primeros viernes de mes seguidos. También es patente la decadencia actual: de aquellas iglesias llenas con comuniones casi masivas los primeros viernes, al presente escepticismo, que tanto ha disminuido la costumbre secular. Secular, porque hace ya más de cien años que se extendió por todo el mundo.

Ante estos hechos es ineludible revisar por qué se introdujo y aceptá tal práctica. Analizar sus razones y preguntarnos el fundamento de la llamada «gran promesa». ¿Qué garantías de auten-

ticidad presenta que Dios por comulgar nueve meses vaya a regalar el cielo? Veamos:

— Desde luego, para entrar en el cielo hay que morir en gracia. Y a lo que se compromete Dios por esta promesa es a hacer que muera en gracia; para lo cual le dará las gracias eficaces necesarias: que se confiese, etc.

— ¿Es una promesa excesiva? Pero ¿quién se atreverá a poner límites a la generosidad de Dios? El problema, por tanto, no es si Dios puede o no prometer eso; el problema es saber si realmente lo ha prometido. (Es curioso que quienes hoy niegan esta promesa, sostienen, por otra parte, que se salva todo el mundo.)

El origen histórico

En 1867 se publicó una carta de Santa Margarita María de Alacoque a la madre Saumaise, escrita en 1688, en la cual cuenta que un viernes durante la comunión (quizá al tener la tercera de las grandes revelaciones, en 1674, cuando el Señor le pidió que comulgase todos los primeros viernes), le fueron dichas estas palabras: «*Te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor omnipotente concederá a todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final: no morirán en desgracia y sin haber recibido los sacramentos; mi divino Corazón será su asilo seguro en los últimos momentos*».

A partir de la publicación de dicha carta, y por obra principalmente del Apostolado de la Oración (dirigido por el Padre Ramière, S.J.), comenzó y se propagó con asombroso éxito la práctica de comulgar los primeros viernes de mes, no únicamente para ganar la promesa.

Aprobación de la Iglesia

Durante un siglo, no sólo en todas las naciones, sino prácticamente en todas las parroquias del mundo, la comunión de los primeros viernes ha sido fomentada y calurosamente recomendada por todos los Papas, obispos, predicadores...

Esto es ya suficiente garantía, pues sabemos que el Magisterio ordinario con tales condiciones de duración y universalidad *no puede equivocarse*.

Aprobación que de algún modo incluye también la «gran promesa», origen y motivo primero de estas comuniones mensuales. Pero respecto a la «gran promesa», tenemos además otras aprobaciones directas de los Sumos Pontífices:

La Congregación de Ritos, en 1872, con la confirmación posterior de León XIII. El mismo Papa en la constitución «Benignae» (28 de junio de 1889) afirmó: «Jesucristo invita y atrae a todos los hombres a sí *con la esperanza de magníficas promesas*». Benedicto XV, en la bula de canoni-

zación de Santa Margarita María (13 de mayo de 1920), dice: «El Señor, Jesús, se dignó dirigir *estas palabras* a su fiel esposa»... Y a continuación repite las que contienen esta promesa que antes citamos. Pío XI en la encíclica «Miserentissimus Redemptor», escribía: «Hoy prevalece por todo el mundo la costumbre de comulgar los primeros viernes *conforme al deseo de Cristo Jesús*». Pío XII, en la «Haurietis aquas», explica: «El motivo principal de abrazar este culto no han de ser los beneficios que Nuestro Señor *ha prometido en revelaciones privadas*». Con lo cual explícitamente afirma que los ha prometido. Y el Sínodo Romano dirigido por Juan XXIII concede a los sacerdotes de Roma los primeros viernes misa votiva del Sagrado Corazón y les encarga que *mantengan la costumbre* de llevar esos días la comunión a los enfermos, lo que supone también aceptación de esta promesa.

Pero, ¿consta que Cristo hizo tal promesa?

Si realmente Jesucristo nos hizo esa gran promesa, nadie que así lo crea dudará en aceptarla. Sin embargo, cuando muchos no la admiten es precisamente porque no están convencidos de que la haya dicho Cristo.

¿Quj pruebas ciertas hay de ello? Al contrario que en una verdad del dogma o de la fe, incluida en la revelación pública, se trata simplemente de un hecho histórico. Y tenemos un solo

testigo, la misma protagonista. ¿Serán dignas de crédito sus palabras?

En método crítico habrá que analizar dos cosas: *¿Nos querría engañar la supuesta vidente?, ¿o tal vez se engañó ella misma?* La primera hipótesis hay que rechazarla por completo: la iglesia ha canonizado a Santa Margarita María (después de un minucioso proceso y con la prueba irrebatible de varios milagros comprobados con toda certeza —como en toda canonización—), este juicio infalible de la Iglesia nos asegura su virtud heroica y una sinceridad absoluta que excluye todo engaño deliberado por su parte.

¿No se engañaría ella misma con una ilusión

Por parte de Dios, estaría contra su promesa evangélica «buscad y hallaréis» que la hubiese dejado perdida en una perpetua ilusión errónea, precisamente dentro de lo que constituyó el centro de su vida y el motor de su santidad: la misión a la que se creyó llamada. Eso no sucede en las vidas de los santos.

Finalmente: «por los frutos los conoceréis» *y bien puede ser promesa divina la que ha suscitado, durante tantos años, el incomparable fruto espiritual* a que antes aludía: «¿Qué más podemos desear, que acaso millones de fieles comulgen una vez al mes? Haced todo lo posible para que los Primeros Viernes no pierdan la simpatía

que han tenido en nuestro pueblo», decía Monseñor Morcillo, siendo Presidente de la Conferencia Episcopal española (1971). Y su posterior presidente, el Cardenal Tarancón, escribía: «Debía darse una importancia singular en las parroquias a los Primeros Viernes, porque considero que es una práctica muy eficaz para crear en ellas un clima eucarístico y para llevar las almas al sagrario». «No es lícito tampoco prescindir en absoluto ni aun desvirtuar la promesa». «No se debe silenciar la promesa, porque tampoco la silencian los Papas».

Sería demasiada e inadmisible credulidad en la Iglesia, que hubiera edificado una espiritualidad de esta categoría, sobre arena falsa. Y moralmente imposible que los Papas se hayan equivocado al aceptarla,como hemos visto.

Pero, ¿por qué los primeros viernes?

¿Por qué tanta insistencia del Corazón de Jesús para que le dediquemos los primeros viernes, que hasta nos impulsa a ello prometiéndonos la salvación eterna?

La respuesta es sencilla y grandiosa; es la iluminación definitiva de esta excelente práctica tan abandonada hoy: Lo que quiere Jesucristo es que los primeros viernes *participemos*, con amor agradecido, *en su sacrificio redentor*. Basta recordar en síntesis la historia de nuestra salvación:

1) Una lanzada traspasa el Corazón de Cristo, como testimonio de su muerte. Se cumple la Escritura profética: «Mirarán al que traspasaron». *Se ha consumado nuestra Redención* y la institución de la Iglesia. Queda el Corazón abierto, como demostración y símbolo de que murió por amor. Brotando el agua de gracia que había anunciado y que quiere bebamos (Jn. 7, 37-9) —entrando en su Corazón, consagrándonos a Él, a imitar su amor redentor—. Para darnos cuenta de lo que esto supone, recordemos que lo más importante de la misión de Cristo es su sacrificio redentor, el hecho más sublime de la historia y de la creación.

2)) Para nosotros, los redimidos, cristianos o imitadores de Cristo, miembros del mismo Cuerpo Místico, su Iglesia; lo más importante es *participar en la redención de Cristo,* en su sacrificio redentor, a lo largo de toda nuestra vida. Entonces ¿qué de extraño tiene que Cristo nos pida esa participación con particular atención, no sólo una vez al año, el Viernes Santo, sino todos los meses en su aniversario mensual: el primer viernes? Participación que se realiza los primeros viernes en circunstancias las más adecuadas, porque:

Siendo el viernes litúrgicamente el día penitencial de la semana por ser el de la muerte del Señor, el primer viernes de cada mes es el día más apto, ya que también aquel viernes que murió Cristo *era primer viernes de mes* (7 de abril del

año 30, según el calendario romano y el nuestro; 14 del mes lunar de Nisán, según el calendario judío); y aunque lo recordamos cada año el Viernes Santo, es natural y lo quiere Cristo, que no sólo una vez al año, sino *todos los meses dediquemos al menos un día* a conmemorar con atención particular su muerte y nuestra Redención, que para nosotros lo es todo. haciendo penitencia. Y penitencia no es otra cosa que reparar o asociarnos al sacrificio redentor de Cristo. Siendo la misa y la comunión donde nuestra unión al sacrificio de Cristo es completa, si como Él, con Él y por Él, mediante el Corazón Inmaculado de María nos ofrecemos al Padre en total entrega.

De esta forma, el primer viernes es una profunda renovación espiritual personal como reparación de los pecados propios del mes precedente (sentido que aparece también en Santa Margarita María), y como ayuda para vivir más unidos a Cristo el mes entrante.

¿Puede haber mejor práctica religiosa? Jesucristo, con su inmensa generosidad, nos impulsa a ella: Si uno comulga así nueve veces seguidas, ya no me olvidaré nunca de él. Yo haré que se salve. ¡Medios para conseguirlo no le van a faltar a Cristo-Dios!

Sería equivocado, por todo lo expuesto, acentuar exclusivamente la promesa, y comulgar buscando únicamente algo como un seguro de vida. Sería marginar y no aprovechar todo el enorme

valor de la comunión reparadora. Esta equivocación ha podido suscitar en parte la oposición de muchos, que no han penetrado en su auténtico contenido teológico.

Tampoco sería acertado olvidar la promesa (no estaría bien despreciarla, pues es del Señor, ni creernos que no la necesitamos), o pensar que para ganarla Cristo exige comuniones con una perfección muy difícil de alcanzar. No, las palabras de Cristo no dan motivo para juzgar así, ni es el modo ordinario de proceder Dios, que, más humano que nosotros, siempre se adapta a nuestras fuerzas, sin pedirnos cosas sobre ellas (cfr. 1 Cor. 10, 13).

13.ª Promesa: No perecerá ninguno que se le consagre

Otra promesa menos citada, pero no menos importante y repetida en sus escritos: «Me parece que prometió que todos los que se consagren a este Sagrado Corazón no perecerán jamás» (Carta a la M. Saumaise, 24 agosto 1688). «Si no me equivoco, me ha prometido que todos aquellos que se le dediquen y consagren no perecerán jamás» (Carta a la M. Greyfié, 1685). «Según lo ha dao a entender a su indigna esclava... no dejará perecer a ninguno de los que se le hayan consagrado para tributarle todos sus homenajes y el amor de una voluntad franca y sincera, y procurarle el de otro en cuanto alcance su poder» (Carta a la M. Saumaise, 17 junio 1689). «Promete que

todos cuantos se le consagren y ofrezcan para darle el contento de tributarle y procurarle todo el amor, honor y gloria que esté en su poder, según los medios que Él les proporcione, que jamás les dejará perecer» (Carta al P. Croiset, 10 agosto 1689; cfr. también al P. Croiset, 15 septiembre 1689).

Incluso añade: «no puedo creer que perezcan las personas consagradas a este Sagrado Corazón, ni que caigan bajo el dominio de Satanás pecando mortalmente, es decir, si después de haberse dado por completo a Él, procuran honrarle, amarle y glorificarle cuanto puedan, conformándose en todo con sus santas máximas» (Carta a la M. Soudeilles, 15 septiembre 1686).

Los que se den por completo al Señor y vivan auténticamente su doctrina, es obvio que se salven, incluso que se conserven en gracia. Esta promesa en los escritos de Santa Margarita María tiene el mismo valor que las restantes, aunque no tenga el respaldo de una aprobación pontificia específica ni la divulgación universal entre el pueblo cristiano.

LA PRACTICA DE LOS PRIMEROS VIERNES

La promesa está vinculada a nueve comuniones reparadoras hechas en nueve primeros viernes de mes seguidos. Para sacar el mayor provecho espiritual, además de la comunión, naturalmente, habrá que oír misa, y por supuesto habrá que hacer una buena confesión, si es necesaria para recuperar la gracia, o aun no siendo necesaria, es el mejor medio de purificarse. Finalmente, la preparación pedida por el Señor es la hora santa la noche del jueves. Por ello trataremos brevemente de: 1.º) la confesión, 2.º) la misa, 3.º) la comunión reparadora con la consagración, 4.º) la hora santa.

LA CONFESION

Siendo Dios la suma Bondad y Poder a quien le debemos hasta nuestra existencia, el pecar, ofendiéndole y no cumpliendo su voluntad, merece indiscutiblemente una sanción, que puede llegar incluso al castigo eterno.

Dios, en cambio, Padre misericordioso, está siempre dispuesto a perdonarnos nuestros peca-

dos. Cualquier condición que nos pusiese para ello, aun el tener que peregrinar descalzos a Roma o reducirnos a la pobreza total, deberíamos aceptarla para librarnos del infierno. Sin embargo, lo que nos exige no puede ser más sencillo: simplemente que pidamos perdón, y no a un ángel, sino a un sacerdote, delegado suyo, hombre como nosotros, que por ello comprende bien nuestras debilidades, que tantas veces le repiten los penitentes, y a quien escogemos, pudiendo acudir a uno completamente desconocido. Con la completa seguridad que guardará el secreto o sigilo sacramental: si no lo hiciera incurriría en excomunión y gravísimas penas, pero da además la experiencia que por una especialísima providencia de Dios, estos hechos no se dan. Incluso en los casos límites de crimen ¿ha ido una sola vez algún sacerdote a denunciar a un ladrón o asesino por haberse confesado con él? Tales cargas echa el sacramento de la confesión sobre los sacerdotes (el pesado cansancio de horas de confesionario, gratis y con peligro de contagio; la guarda del sigilo, el tener que confesarse ellos como los demás, y difícilmente podrán hacerlo con un desconocido), que ciertamente los sacerdote no habrían inventado la confesión de no haberla instituido Cristo.

Aunque los pecados se perdonan por el acto de contrición, la confesión es obligatoria antes de comulgar* *sólo* para quien ha cometido pecado mortal. Esto no quita que sea muy recomendable confesar también los pecados veniales (y

los mortales ya confesados anteriormente, de forma general). A las personas que desean la perfección, la S. Sede recomienda confesarse cada 15 días. Es conveniente *en todo caso* confesarse al menos una vez al mes; como preparación a diversas festividades, para ganar determinadas indulgencias plenarias, etc. Ya que en cada confesión también se nos perdona, si no toda, parte de la pena que tendríamos que sufrir en el purgatorio; las palabras del confesor en la absolución confieren especial valor expiatorio a cuanto padezcamos en la vida; y finalmente, el sacramento de la confesión nos da gracias, según nuestra disposición, para resistir las tentaciones, en particular de los pecados confesados.

La Santa Sede ha insistido que los niños reciban los sacramentos de la penitencia y eucaristía desde la edad del uso de razón, por «los numerosos frutos de vida cristiana y perfección espiritual que produce»; anteponiendo siempre la confesión a la primera comunión.

Cinco cosas son necesarias para confesarse bien: examen de conciencia, dolor de corazón, propósito de la enmienda, decir los pecados al confesor y cumplir la penitencia.

1. Examen de conciencia

Cuándo un pecado es mortal: Para que un pecado sea mortal es preciso darse cuenta plena de lo que se hace y de que eso es pecado mortal.

De suyo una acción es pecado mortal (aunque el que la haga quizás no lo cometa por ignorancia inculpable o por falta de advertencia o de libertad) cuando se trata de una injuria grave a Dios (blasfemar, no darle el culto mínimo debido, dudar de que sea verdad lo que él ha revelado: existencia del infierno, ángeles, pecado original, infabilidad del Papa, etcétera), una injusticia grave al prójimo (en su cuerpo, en sus bienes, en su fama! el incumplimiento de las obligaciones contractuales, profesionales, sociales...), un precepto grave de la Iglesia (la misa dominical, la comunión pascual, las leyes importantes sobre liturgia, sobre la vida sacerdotal y religiosa, etcétera), toda búsqueda deliberada del placer sexual físico fuera del matrimonio (con esa condición nos ha dado Dios la facultad generativa).

Cuando un acto es pecado mortal, también lo es el deseo pleno, consentido, de hacerlo (aunque no se haga por no tener ocasión). Pero las acciones u omisiones prohibidas que no son intrínsecamente malas, pueden estar excusadas por motivos más graves; v. gr., asistir a un espectáculo inmoral o dejar la misa dominical. Sin embargo, será prudente en estos casos consultar.

De hecho, el penitente no sabrá muchas veces si cometió o no pecado mortal. No impirta, basta que diga lo que hizo. Más aún, no es obligatorio confesar, aunque sí conveniente, los pecados que se duda si se cometieron, o si fueron mortales, o si ya se confesaron.

En la confesión se perdonan todos los pecados, incluso los olvidados. Aunque luego se recuerden, se puede comulgar. Sólo hay obligación de añadirlos en la próxima confesión. Cuando se trata de una confesión general bien hecha, puede y suele aplicarse (y más a penitentes escrupulosos) la presunción que el pecado se ha confesado. Así no urge la obligación estricta de una manifestación explícita en otra confesión. Y puede uno olvidarse ya de todo lo pasado. No digo de la pena, que queda por satisfacer con buenas obras e indulgencias.

Si uno, olvidado que cometió un pecado mortal, comulga de buena fe sin confesarse, se le perdona por la virtud de la comunión, aunque sólo tenga atrición (le quedará la obligación de confesarlo si luego lo recuerda).

Oración antes del examen propio

Señor y Dios mío, que investigas los corazones y conoces las conciencias de los hombres: dame la gracia de examinar sinceramente y conocer verdaderamente la mía, de manera que descubra todas mis malicias y pecados, para que confesándolos bien todos, y enmendándome de ellos, merezca tu perdón y gracia en la tierra y la entrada de la gloria en el cielo. Por nuestro Señor Jesucristo y la intercesión de Sta. María. Amén.

Modo de examinarse

Ante todo recuerda los pecados que te remuerdan. Para confesiones frecuentes basta que pienses dónde sueles estar, con quiénes tratas..., si has vuelto a caer en lo que propusiste enmendarte... y de modo general tus relaciones con Dios, con los demás, contigo mismo, en tu profesión, familia, sociedad...

Para exámenes detallados añado al esquema siguiente, publicado por la Santa Sede en 1974 en el ritual de la penitencia (seguirlo es ya una reforma de vida).

Esquema de examen de conciencia propuesto en el «Ordo Paeniteniae» para ser completado y adaptado según las circunstancias locales y la diversidad de las personas.

¿Me acerco al sacramento de la penitencia con sincero deseo de purificarme, de convertirme, de renovar mi vida y tener una amistad más profunda con Dios, o más bien lo considero como un peso que hay que tomar sólo muy de cuando en cuando?

¿Me olvidé o callé queriendo, en las confesiones pasadas algunos pecados graves?

¿Cumplí la penitencia que me fue impuesta? ¿Reparé si había cometido injusticias? ¿He pro-

curado poner en práctica los propósitos de reformar mi vida según el Evangelio?

A la luz de la palabra de Dios he de examinar mi vida.

I. El Señor dice: «Ama al Señor tu Dios con todo el corazón»

1. ¿Se dirige mi corazón a Dios de manera que le ame de verdad sobre todas las cosas con el fiel cumplimiento de sus mandamientos, como un hijo a su padre, o más bien estoy ansioso de cosas temporales? ¿Tengo intención recta en el obrar?

2. ¿Es firme mi fe en Dios, que nos habló por su Hijo? ¿He seguido sin vacilar la doctrina de la Iglesia? ¿Me he preocupado de la enseñanza cristiana, oyendo la palabra de Dios, participando en la catequesis, evitando las cosa nocivas a la fe? ¿He confesado siempre sin temor y con prontitud la fe en Dios y en la Iglesia? ¿Me he mostrado, con gusto, cristiano en la vida privada y pública?

3. ¿He rezado por la mañana y por la noche? ¿Es mi oración verdadera conversación de la mente y del corazón con Dios, o sólo un rito exterior? ¿Ofrezco a Dios los trabajos, las alegrías y los dolores? ¿Recurro a Él en las tentaciones?

4. ¿Tengo reverencia y amor al nombre de Dios, o he ofendido a Dios blasfemando, o jurando

en falso, o usando mal su nombre? ¿He cometido alguna irreverencia hacia la santísima Virgen o los santos?

5. ¿Guardo los domingos y las fiestas de la Iglesia participando activamente, con atención y devoción, en las reuniones litúrgicas, principalmente en la misa? ¿He cumplido el precepto de la confesión anual y de la comunión pascual?

6. ¿Tengo quizás otros dioses, es decir, cosas que me atraen más, o en las cuales confío más que en Dios, como son las riquezas, las supersticiones, el espiritismo y otras artes mágicas?

II. El Señor dice: «Amaos unos a otros como Yo os he amado»

1. ¿Tengo verdadero amor a mi prójimo, o abuso de mis hermanos usándolos para mis fines o haciéndoles lo que no quiero que otros me hagan a mí? ¿Les he dado grave escándalo con malas palabras o acciones?

2. ¿He contribuido en mi familia con paciencia y verdadero cariño al bien y a la alegría de los demás? ¿He obedecido a mis padres, honrándolos y ayudándolos en sus necesidades espirituales y materiales? ¿Me he preocupado por la educación cristiana de mis hijos y les ayudo con el buen ejemplo y la autoridad paterna? ¿He sido fiel al matrimonio en mi corazón y en el trato con los demás?

3. ¿Comparto mis bienes con los que son más pobres que yo? ¿En cuanto está en mí, defiendo a los oprimidos, socorro a los pobres, a los débiles, a los ancianos, a los forasteros o alguna otra clase de hombres?

4. ¿Recuerda mi vida la misión que recibí en la confirmación? ¿Participo en las obras de apostolado y caridad de la Iglesia y en la vida de la parroquia? ¿Contribuyo a las necesidades de la Iglesia en todo el mundo y oro por ellas, v. gr., por la unidad de la Iglesia, por la evangelización de los pueblos, por la paz y la justicia, etc.?

5. ¿Hago algo para el bien y la prosperidad de la comunidad humana en la que vivo, o sólo me ocupo de mí mismo? ¿Colaboro, en la medida de mis fuerzas, en promover la justicia, la honestidad de las costumbres, la concordia, la caridad en la sociedad humana? ¿He cumplido mis obligaciones ciudadanas, he pagado los tributos?

6. ¿En mi trabajo o en mi profesión soy justo, trabajador, honrado, sirviendo a la sociedad por amor? ¿He dado a los obreros y a los que me sirven el salario justo? ¿He cumplido los contratos y las promesas?

7. ¿He obedecido y respetado a las autoridades legítimas?

8. Si tengo algún cargo o autoridad ¿los uso para mi provecho, o para el bien de otros con espíritu de servicio?

9. ¿He guardado la verdad y la fidelidad, o he causado daños a otros con palabras falsas, calumnias, desprecios, juicios temerarios, violaciones de secretos?

10. ¿He perjudicado la vida, la integridad física, la fama, el honor o los bienes de otros? ¿Les he causado algún daño? ¿He aconsejado o procurado algún aborto? ¿He odiado a alguno? ¿Estoy enfadado con alguien por riñas, enemistades, insultos, ira? ¿He descuidao culpablemente por egoismo dar testimonio de la inocencia del prójimo?

11. ¿He hurtado cosas ajenas, las he deseado injustamente y con pasión o les he causado daños? ¿He procurado la restitución de lo ajeno y la reparación del daño?

12. Si he padecido injurias, ¿he estado dispuesto a la paz, por amor de Cristo, y a conceder el perdón, o conservo odio y deseo de venganza?

III. El Señor dice: «Sed perfectos como vuestro Padre»

1. ¿Cuál es la dirección fundamental de mi vida? ¿Me animo con la esperanza de la vida eterna? ¿He procurado progresar en la vida espiritual por la oración, la lectura y la meditación de la palabra de Dios, la participación en los sacramentos y la mortificación? ¿He propuesto vences los vicios, mis malas inclinaciones y pasiones, como

son la envidia, el deleite en la comida y la bebida? Movido por la soberbia y el orgullo, ¿me he gloriado delante de Dios, y he despreciado a otros creyéndome mejor que ellos? ¿He impuesto a otros sólo mi voluntad menospreciando su libertad y sus derechos?

2. ¿Qué uso he hecho del tiempo, de la fuerza, de los dones, que he recibido de Dios, como «los talentos del evangelio»? ¿Uso todos estos dones para perfeccionarme cada día? ¿He sido perezoso o he perdido el tiempo?

3. ¿He soportado pacientemente los dolores y las contrariedades de la vida? ¿Cómo he llevado la mortificación en mi cuerpo para completar «lo que falta a la pasión de Cristo»? ¿He observado la ley del ayuno y la abstinencia?

4. ¿He guardado mis sentidos y todo el cuerpo con pudor y castidad como templo del Espíritu Santo llamado a la resurrección y la gloria, y como signo del amor que el Dios fiel tiene para los hombres, el cual signo resplandece plenamente en el sacramento del matrimonio? ¿He manchado mi carne con la fornicación, con la deshonestidad, con palabras o pensamientos indignos, con malos deseos o acciones? ¿He cedido a mis pasiones? ¿He tenido lecturas, conversaciones, o he asistido a espectáculos o diversiones, contrarios a la honestidad cristiana y humana? ¿He incitado a otros a pecar con mi conducta indecente? ¿He observado la ley moral en el uso del matrimonio?

5. ¿He actuado contra mi conciencia por temor o hipocresía? ¿He procurado siempre obrar rectamente con la libertad de los hijos de Dios, según la ley del espíritu, o soy siervo de algunas pasiones?

IV. Apéndice para los enfermos

¿Confío en la bondad y providencia de Dios, incluso en los días de aflicción y de enfermedad?

¿Me entrego a la tristeza, a la desesperación y a otros pensamientos y afectos malos?

¿Empleo el tiempo disponible en pensar sobre la vida y en conversar con Dios?

¿Recibo la enfermedad y los dolores como una ocasión de sufrir con Cristo, que nos redimió con su pasión?

¿Estoy convencido, viviendo de la fe, de que los dolores soportados con paciencia hacen mucho bien a la Iglesia?

¿Soy atento con los demás y respeto a los otros pacientes y a sus necesidades?

¿Soy agradecido a los que me cuidan y me visitan?

¿Procuro dar buen ejemplo, como conviene a un fiel cristiano?

¿Me arrepiento de los pecados pasados y soporto pacientemente mi enfermedad o debilidad en expiación de los mismos?

*

Es importante examinarse —sin angustias— de los pecados cometidos, para ver nuestra miseria, procurar evitarlos, y aumentar el dolor, pero lo principal es arrepentirse de ellos, con verdadero pesar de haber pecado, de haber ofendido a Dios, nuestro Padre, nuestro Redentor, y a nuestra Madre e Intercesora. Para recibir a Jesús es necesario volver a su amistad, mediante este arrepentimiento, y lo *siguiente,* que es consecuencia suya.

2. Dolor de corazón

Es arrepentirse de haber pecado. Querer no haberlo hecho. Si se volviese a presentar aquel momento, no lo haría. Se trata de una decisión de la voluntad, no es preciso *sentir* dolor o pena afectiva.

Basta arrepentirse por dolor de atrición: temor al infierno, a perder el cielo, a las consecuencias con que Dios castiga el pecado... Pero es mucho mejor excitar el dolor de contrición, que también es una decisión de la voluntad (no un sentimiento afectivo, aunque éste es muy de estimar si Dios lo concede), pero no por motivos de te-

mor, sino de amor: considerando el desagradecimiento que es corresponder a tantos beneficios de Dios con mi desobediencia a su voluntad. O viendo a Cristo en Cruz pagando mi abuso. Etc.

Como oraciones para excitar el dolor, puedes rezar, dándote cuenta, el «Yo pecador» o «Yo confieso», «Señor mío Jesucristo».

3. Propósito de la enmienda

Es obvio, y está ya incluido en el arrepentimiento expuesto en el número anterior. Consiste en la decisión actual de no volver a pecar (aunque uno tema y esté casi seguro que no conseguirá resistir la tentación futura).

Pero exige también poner los medios necesarios para no recaer: estar dispuesto a evitar las ocasiones, confiar en el Corazón de Cristo, acudir a nuestra Madre, y sobre todo, revisar y mejorar nuestro cristianismo, nuestra justicia social y caridad fraterna, nuestra vida de piedad.

Dios nos ofrece siempre la manera de poder resistir las tentaciones (1 Cor. 10, 13). Dios no manda imposibles, y si hacemos lo que esté de nuestra parte, Él nos ayudará (S. Agustín). Por eso, si permite que caiga en pecado uno que no quiera pecar, es entonces un aviso de que renueve su vida espiritual, descuidada e incapaz de suministrarle la fuerza para resistir las tentaciones.

(Un error materialista actual en ciertos confesores y médicos, es suponer que en dichos casos, v. gr., de hábitos de pecados solitarios, se trata de anormalidades sicológicas, cuando generalmente sucede que faltan gracias sobrenaturales por la tibieza de su vida espiritual.)

Si de la mano de la Virgen hemos hecho propósito firme de no volver a pecar pase lo que pase, podemos estar tranquilos que hemos hecho una buena confesión.

4. Decir los pecados al confesor

Lo más práctico es confesar primero los pecados más graves, o que dé más vergüenza decir. Y no como queriendo disimularlos o engañar al confesor; así luego no queda uno tranquilo de haber hecho una buena confesión. En los pecados veniales basta decir, v. gr., me dejo llevar algunas veces, o muchas veces, del mal genio, pereza... En los pecados mortales hay que especificar más el pecado, v. gr., cuánto se hurtó (si se trata de cantidades importantes, y es importante para un obrero quitarle el jornal diario); y cuántas veces se cometió tal pecado. No se debe decir lo que no viene al caso, ni le interesa para nada al confesor; y menos, detalles descriptivos de los pecados deshonestos.

5. Cumplir la penitencia

Es mejor hacerlo cuanto antes, aunque no es preciso que sea antes de comulgar. Si no la recuerdas exactamente, pero era pequeña, reza algo similar o poco más. Si te parece excesiva, puedes pedir que te la cambie o el mismo confesor u otro, en cuyo caso tienes que repetirle la confesión.

LA MISA

La misa o sacrificio eucarístico, es exactamente la representación y renovación del sacrificio de Cristo. Esto es; en el cristianismo no hay nada más que un sacrificio a Dios: el de Cristo en la Cruz (ofrecer otras víctimas u ofrendas sería hacer de menos a Cristo, pues Él vale infinito por ser el hombre-Dios, y todas las demás sobran), el cual no sólo se recuerda en la misa conmemorándolo, sino que otra vez Cristo en cada misa vuelve a ofrecer al Padre su sacrificio de la Cruz y nos comunica nuevas gracias, gracias que obtuvo con él.

Todos los fieles que asisten al sacrificio eucarístico lo ofrecen también al Padre por medio del sacerdote, quien lo realiza en nombre de todos y para todos hace la consagración.

Por su inmensa grandeza y comunicación de gracias, todo fiel * (es decir, todo cristiano con fe) si está instruido apreciará extraordinariamente y procurará participar a menudo en el sacrificio eucarístico, no sólo el día del Señor (= domingo) y las fiestas de precepto, cuando es natu-

* Fiel viene del latín fidelis = el que tiene «fides» o fe.

ral que la Iglesia urja la obligación que tenemos de dar culto a Dios.

La mejor oración en una necesidad, para dar gracias a Dios o pedirle sus bendiciones, es, desde luego, participar en el sacrificio eucarístico. Los santos nos dan ejemplo que por no perderlo ni un día, han sido capaces de los mayores sacrificios.

No será necesario insistir en la reverencia y recogimiento del que toma parte consciente en los misterios tremendos de escuchar la palabra revelada, de presenciar la transustanciación del pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo, de asistir a la renovación del sacrificio de la Cruz, y ofrecerlo a Dios Padre. Respeto requerido en especial al adorar de rodillas a Cristo en el altar al momento de la consagración, y al recibirlo y tenerlo después de la comunión.

En la misa al ofrecer nuestros sufrimientos al Padre junto con los de Cristo, los convertimos en sacrificio (= sufrimiento sagrado por estar dedicado a la Divinidad) y adquieren el incomparable valor de obtenernos las gracias merecidas por el sacrificio de Cristo. Y estas gracias nos darán a su vez fuerza para reaccionar en cristiano ante las tentaciones y tribulaciones, grandes o pequeñas, que nos traerá la vida, enviadas por Dios.

La intención de la misa

Cada misa se ofrece por toda la Iglesia, y en ella se pueden pedir muchas cosas, pues la capa-

cidad impetratoria del sacrificio de Cristo es infinita. Pero tiene singular eficacia la súplica o intención por la cual se ofrece en particular cada misa. El dar una limosna o estipendio para que el sacerdote la aplique principalmente por determinada intención es un acto de fe en el valor de la misa, es una especial participación en esta acción suprema del culto a Dios, es colaborar a las necesidades de la Iglesia o al sostenimiento de los sacerdotes. Sería una aberración teológica decir que se compran o se venden las misas. No deja de ser delicado que los ricos puedan encargar más misas que los pobres. Pero esto mismo sucede inevitablemente con cualquier otro tipo de donativo. Y sobre todos está Dios, que retribuirá a cada cual por lo que haya hecho según sus posibilidades. Esto supuesto, mantener los estipendios es dar a los fieles la oportunidad de ejercitar la fe y una especial participación en la misa, colaborando además al sostenimiento de la Iglesia.

LA COMUNION

Es la participación plena en el sacrificio de Cristo, comiendo la víctima para identificarse con ella, rito usual en todas las religiones, pero sublimado por Cristo al hacerse Él mismo, Él, que además es Dios, víctima y alimento para sus seguidores. Algo tan grandioso que si no lo hubiera dicho bien claro Cristo y luego el Magisterio con la asistencia del Espíritu Santo, hasta ser dogma de fe, de ninguna manera creeríamos que bajo las apariencias de pan, después de la consagración ya no hay pan, sino que está Cristo en cuerpo y alma, tan realmente como en el cielo. Por ello quienes tienen poca fe dudan o desfiguran esta transustanciación del pan en Cristo, dogma y test de nuestra fe.

Paradójicamente, la dificultad para creer viene precisamente de la insospechada bondad de Dios, que pone su omnipotencia al servicio de su amor por nosotros, hasta llegar a tales extremos. Como nosotros no podemos hacer ni imaginar cosas semejantes, nos cuesta creerlas si no es muy profunda en nosotros la fe en la bondad, amor y poder de nuestro *Padre* celestial. Pero el que *cree,* el justo, no se cansa de estimar y agradecer tan gran beneficio.

Los primitivos cristianos, que comulgaban todos en la misa, como los apóstoles en la última cena, cuánto se extrañarían al ver nuestra actitud: ¿si no creen, por qué comulgan? y ¿si creen, cómo dejan de comulgar? La Iglesia obliga a comulgar al menos una vez al año, en pascua florida (pascua de resurrección), y estando en peligro de muerte.

Es obvio, sin embargo, que nadie debe acercarse a recibir al Señor sin estar debidamente preparado: no habiendo comido ni bebido desde una hora antes (a no ser agua y medicinas), * y, sobre todo, en estado de gracia y confesado (en caso de haber cometido pecado mortal no basta que uno haya recuperado la gracia con un acto de contrición). **

La nueva posibilidad de comulgar una vez por la mañana y otra por la tarde oyendo misa, para quien pueda hacerlo será la mejor ocasión de santificarse rápidamente.

* Los enfermos, ancianos y quienes les cuidan, pueden comulgar aunque hayan tomado algo en la hora anterior (c. 919-.

* Basta la absolución colectiva sin la confesión personal sólo cuando falta tiempo y hay peligro inminente de muerte, o grave necesidad. Esta es: si los penitentes, sin culpa propia, no podrían durante largo tiempo confesar o comulgar. Pero queda siempre la obligación grave, si puede hacerse, de confesarse individualmente dentro de un año, o antes de otra absolución colectiva.

** El Código de Derecho Canónico promulgado en

¿Cómo comulgar los primeros viernes?

Por supuesto que para ganar la Gran Promesa de la perseverancia final, las nueve comuniones han de ser válidas, hechas en gracia de Dios. (No parece necesario recordar la intención de ganarla.)

Además —prescindiendo hasta qué punto se requiere— si es muy conveniente, a fin de sacar

1983, permite (c. 917) a quien haya comulgado, comulgar de nuevo en el mismo día cuando oiga misa. Además aconseja (c. 921) a quien por cualquier motivo esté en peligro de muerte se administre el viático aunque haya comulgado el mismo día. «Y el viático no debe retrasarse demasiado a los enfermos» (c. 922). También permite (c. 844) a los católicos que les sea física o moralmente imposible acudir a un ministro católico, recibir de ministros no católicos: la penitencia, la eucaristía y la unción de los enfermos, sí son válidas en sus iglesias. Los excomulgados (apóstatas, herejes, cismáticos, quien arroja al suelo la eucaristía o la retiene con finalidad sacrílega, o realiza un aborto...), los que están en entredicho o los que persisten públicamente en pecado grave, no pueden ser admitidos a la comunión (c. 915). Todo niño bautizado con uso de razón (seis años normalmente) tiene derecho a ser admitido a la comunión si tiene la debida preparación con fe y devoción. En primer lugar los padres y el párroco deben procurar que cuanto antes hagan la primera comunión previa confesión (c. 913-4). Retrasársela sin motivo será pecado grave. Por lo menos una vez al año se han de confesar los pecados graves, y comulgar (por pascua, salvo justa causa) (c. 989, 920).

el mayor fruto de las comuniones, hacerlas con fervor según la espiritualidad del Sagrado Corazón; esto es:

1) Considerando el amor de Cristo, víctima y sacramento por mí, corresponderle *renovando, con ayuda de Santa María, mi consagración a Él* (entrega incoada en el bautismo).

2) Ponderando el sacrificio de Cristo por los pecados míos y de todos los hombres, con ayuda de Santa María unirme a Él, *ofreciendo a Dios, junto con el suyo, el sacrificio de mi vida,* es decir, todo lo que en mi vida me resulte costoso. Como reparación por los pecados, en particular los del mes pasado.

Lo que nos pide Cristo: la comunión reparadora a su Corazón en unión con el Corazón Inmaculado de nuestra Madre, contiene *la meta más elevada y el camino más fácil* de la vida espiritual, pues:

La Eucaristía es *la cumbre y la fuente* de toda la liturgia y de toda la actividad de la Iglesia (cfr. Vat. II, SC. 10); máximo acto de adoración y ofrenda a Dios, alimento que nos da la gracia, prenda del cielo, y las fuerzas sobrenaturales, especialmente para practicar el mandamiento nuevo de Cristo: la caridad fraterna universal.

Adquiere toda su virtualidad si comulgamos precisamente *para reparar al amor de Cristo,* por las ofensas nuestras y de otros; queriendo así unir

a su sacrificio los nuestros (aceptar su voluntad costosa, cumplir con nuestras obligaciones, ejercer la caridad fraterna...) y consiguiendo una aplicación mayor de la Redención a nuestro pobre mundo.

Tanto *más valiosa* será la comunión, cuanto se haga con más amor, mayor sea el interés y esfuerzo por comulgar, mayor y más sincero el ofrecimiento de todo mi haber y poseer, y mayor y más confiada la aceptación de mi cruz.

Para caer en la cuenta de lo que voy a hacer, y no obrar maquinalmente, *he de prepararme* a la comunión meditando o diciendo las oraciones con atención y sintiendo lo que digo.

Y después de la comunión, en esos momentos privilegiados en que Cristo está realmente dentro de mí —suelen tardar aproximadmente un cuarto de hora en deshacerse las especies sacramentales—, no salir de la Iglesia para ocuparme de otras cosas, sino *aprovechar la breve visita de Cristo para...* ¿no se nos ocurrirá qué decirle, teniendo tanto que agradecerle, que pedirle, que consultarle?

Rogando a la Santísima Virgen que nos introduzca en el Corazón de su Hijo, para mejor conocerle y amarle, servirle y repararle.

El primer viernes es el Viernes Santo de cada mes. Lo que el Viernes Santo es una vez al año.
Como complemento a la comunión, y para avi-

var la fe —que transforme nuestra vida—, será muy provechoso leer el primer viernes, o su víspera, algo sobre el Corazón de Jesús. Y no podemos olvidar la petición del mismo Corazón de Jesús a Santa Margarita, de *la Hora Santa*.

LA HORA SANTA

Refiere Sta. Margarita María de Alacoque que el Corazón de Jesús le pidió que le acompañase una hora todas las noches de los jueves al viernes (de 11 a 12), meditando en la pasión y pidiendo por los pecadores.

Pío XI, al comienzo del Año Santo de 1933, exhortaba al ejercicio, durante él, de la Hora Santa, «este obligado y amoroso recuerdo de las amargas penas que el Corazón de Jesús quiso soportar para la salvación de los hombres». Antes, en su importantísima encíclica «Miserentissimus Redemptor» (1928), había afirmado: El Corazón de Jesús «para reparar las culpas recomendó esto, especialmente grato para Él: que usasen las súplicas y preces durante una hora —que con verdad se llama Hora Santa—, ejercicio de piedad que la Iglesia no sólo ha aprobado, sino enriquecido con abundantes gracias espirituales». Y en otra ocasión (21-III-33) explicaba que «su fin principalísimo es recordar a los fieles la pasión y muerte de Jesucristo, e impulsarles a la meditación y veneración del ardiente amor por el cual instituyó la Eucaristía —memorial de su pasión—,

para que purifiquen y expíen sus pecados y los de todos los hombres».

Hora de tremendos misterios cuando Cristo se sintió solo y débil, como nosotros, y como nosotros pide al Padre le aparte el cáliz. Hora incomparable para acompañarle, en cuanto podemos místicamente, junto al sagrario —donde está eucarístico, y es «memorial de su pasión»—. Hora para volcar en su Corazón nuestros afanes y sufrimientos, y recibir su gracia para sobrellevarlos.

Cuando hasta los suyos le abandonan, acompañar a Cristo, como el Angel del Huerto, como lo haría en espíritu su Madre Dolorosa, quizás desde el cenáculo. Agradeciéndole su sacrificio. Aprendiendo de Él...

Pío XI facilitó el tiempo para la Hora Santa, fijándolo desde la puesta del sol hasta su salida. ¿Quién no dispondrá de una hora a la semana, si no en la iglesia al menos en su casa? Se puede en ella: hacer el viacrucis, meditar o leer la pasión en la Biblia, rezar despacio el rosario, los salmos, diversas oraciones; contarle al Señor nuestras cosas, preocuparnos por las suyas, pedirle y ofrecerle... Hay que probar varias veces a hacerla para sentir tanto fruto espiritual, que luego ya no se deja.

EL CORAZON INMACULADO DE MARIA

La espiritualidad del S. Corazón, después de hacer nuestra personal consagración a Él, ha de penetrar y transformar nuestra vida, toda nuestra jornada, aunque tenga días de una especial dedicación: La fiesta solemne del S. Corazón, la de Cristo Rey (cuando la instituyó Pío XI determinó que en ella se renovase todos los años la consagración al S. Corazón), el Viernes Santo y los primeros viernes de mes, el mes de junio, la entronización de los SS. Corazones en el hogar...

Pero hay más, mucho más: Pío XII, en la «Haurietis aquas», dice: «Para que toda la familia cristiana y el mundo entero obtengan frutos más abundantes del culto al Corazón de Jesús, procuren los fieles *unirlo íntimamente con la devoción al Inmaculado Corazón de la Madre de Dios*. Es de todo punto conveniente que el pueblo cristiano, que ha alcanzado la vida divina de Jesucristo por medio de María, después del culto debido al Corazón de Jesús, rinda también homenaje de piedad, amor, gratitud y *reparación* al Corazón amantísimo de la Madre del cielo».

El mensaje de Fátima es sobre todo que tengamos devoción al Corazón de María, y Juan Pa-

blo II se quejaba en Fátima el 13-V-1982, que hacemos poco caso a este mensaje, del cual depende la salvación de España y del mundo: *oración* (rosario, primeros sábados...) y *penitencia* (sobre todo cumplir los mandamientos y aceptar las pruebas que Dios nos manda), junto al Corazón de nuestra Madre, correspondiendo con nuestra consagración as u inmenso amor y *reparándola* por cuanto la hacemos sufrir. (La devoción al Corazón de María añade a la devoción a la Virgen el repararla —de manera análoga al Corazón de Jesús— por las ofensas que le hacemos, causa de sus sufrimientos.)

El culto y devoción a la Virgen no nos aparta de su Hijo, al contrario: nos lleva más fácilmente y más deprisa a Él. «A Jesús por María». ¡Así pronto los pecadores se convertirán, los tibios se harán fervorosos, y la bendición divina hará florecer nuestras familias, nuestras actividades, nuestro apostolado! Pero no sabe uno que admirar más, si la increíble generosidad de Dios o la locura de los hombres, que desaprovechamos los extraordinarios regalos divinos.

EPILOGO

Este libro está escrito para quienes tengan interés en vivir seriamente su cristianismo. A ellos una última palabra, la impresionante palabra de Juan Pablo II: Juzgo la tarea más importante de mi pontificado, designada por la Providencia, predicar la Misericordia divina (22-XI-81). Afirmación que confirmaba su encíclica de 1980 «Rico en misericordia», donde proclama que la Misericordia divina es «el atributo mayor, el más estupendo del Creador y del Redentor». Porque es la cumbre de la Bondad, el más puro Amor: amar a una persona no por su belleza... sino por la necesidad en que se encuentre (sin quedarse en mera compasión).

El meditar en la Misericordia del Corazón de Jesús ¿no será la mejor manera de aumentar nuestro amor y confianza en Él, por más pecados y necesidades que tengamos? Incluso a quien no interese la religión, puede moverle saber que existe tal amor misericordioso en un Corazón divino que le está esperando con ansia. Por eso el Papa puntualiza también en su encíclica: «La manera especial como la Iglesia profesa y venera la Misericordia divina es acercándose al Corazón de Cristo».

Si en Él vemos, con la ayuda de Sta. María, su infinita Misericordia hacia nosotros, y cómo reclama según dice el Papa la nuestra hacia Cristo crucificado y hacia nuestros hermanos, habremos llegado al culmen de su devoción, a la diadema suprema del «gran tesoro escondido». ¡Ojalá sepamos, tú y yo, encontrarlo y aprovecharlo!

A.M.D.G.

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR

Todo el Evangelio, Ordenado y Comentado
Nuevo Devocionario (Muy Completo)
Apariciones de la Virgen
Horizontes de Santidad
Meditaciones para ejercicios
Enfoques Católicos
Para y Medita
Para ser mejor
El Tiempo que se aproxima
El Padrenuestro
Corazón Eucarístico de Jesús
Los Misterios del Rosario
La Misericordia de Dios
Los Primeros Viernes
Gran Mensaje de Amor y Esperanza

INDICE

JESUCRISTO. EL SAGRADO CORAZON . 3
A la luz del Magisterio 4
La voz de los Papas 5
El Corazón de Jesús a través de los siglos . 10
LAS 13 PROMESAS DEL SAGRADO CORAZON 16
Valor y citas de Santa Margarita 17
Primera promesa 19
Segunda promesa 20
Tercera promesa 20
Cuarta promesa 21
Quinta promesa 21
Sexta promesa 23
Séptima promesa 24
Octava promesa 24
Novena promesa 25
Décima promesa 26
Undécima promesa 28
Duodécima promesa: Los primeros viernes 29
El origen histórico 30
Aprobación de la Iglesia 31
Pero, ¿consta que Cristo hizo tal promesa? 32
¿No se engañaría ella misma con una ilusión? 33
Pero, ¿por qué los primeros viernes? . . 34
Décimatercera promesa 37

LA PRACTICA DE LOS PRIMEROS VIERNES 39
LA CONFESION 39
1. Examen de conciencia 41
Oración antes del examen propio . . . 43
Modo de examinarse 44
I. El señor dice: «Ama al Señor tu Dios con todo el corazón» 45
II. El señor dice: «Amaos unos a otros como Yo os he amado» 46
III. El Señor dice: «Sed perfectos como vuestro Padre» 48
IV. Apéndice para los enfermos 50
2. Dolor de corazón 51
3. Propósito de la enmienda 52
4. Decir los pecados al confesor 53
5. Cumplir la penitencia 54
LA MISA 55
La intención de la Misa 56
LA COMUNION 58
¿Cómo comulgar los primeros viernes? . . 60
La Hora Santa 63
EL CORAZON INMACULADO DE MARIA . 65
EPILOGO 67